

El infierno ruso

Léon Degrelle



El infierno ruso

Léon Degrelle

El infierno ruso

Dondequiera que fuese, el drama sería idénticamente atroz, de diciembre de 1941 a abril de 1942, sobre los 3.000 kilómetros de extensión del frente ruso, desde Petsamo al Mar de Azov.

Nosotros, voluntarios extranjeros, perdidos como los alemanes en estas espantosas estepas, estábamos reducidos a los mismos extremos: morir de frío, morir de hambre, luchar en todo caso.

Mis camaradas belgas y yo, nos batíamos entonces sobre las nieves del Donetz. Por doquier, el viento aullador. Por doquier, enemigos aulladores. Las posiciones eran horadadas en los propios bloques de hielo. Las órdenes eran formales: no retroceder.

Los sufrimientos eran indecibles. Indescriptibles.

Los caballos que nos traían huevos helados completamente grises y municiones tan frías que quemaban nuestros dedos, salpicaban la nieve de sangre que les caía de las narices gota a gota.

Los heridos quedaban helados en cuanto caían. Los miembros afectados, se ponían, en dos minutos, lívidos como el pergamino. Nadie se hubiese atrevido a salir a la intemperie a orinar. A veces, el propio chorro se convertía en una cuerda amarilla y retorcida de hielo. Millares de soldados quedaron con los órganos sexuales o los anos atrofiados para siempre. Nuestra nariz, nuestras orejas, estaban escaroladas como gordos albaricoques, de los que salía un pus rojizo y viscoso.

Era horrible, estremecedor.

Solamente en nuestro sector de las crestas centrales del Donetz, más de 11.000 heridos perecieron en algunos meses en la miserable escuela donde, rodeados de nieve por todas partes, nieve que a veces alcanzaba hasta cuatro metros de altura, unos médicos militares, vacilantes de fatiga, amputaban centenares de pies y de brazos, recosían vientres estallados, contenidos en bloques de sangre y de excrementos helados, caparazones relucientes de materias rojizas y verdeantes, parecidas a plantas enredadas al ras de un acuario petrificado.

La evacuación desde nuestros puestos de combate hasta esa clínica atroz, de aquellos heridos atacados desde todos los vientos, se hacía sobre carretillas de los labradores rusos. Los cuerpos estaban apenas protegidos por un poco de bálago recolectado en los tejados de las últimas *izbás*. El transporte duraba a veces varios días.

Los muertos ya no se enterraban desde hacía mucho tiempo. Se les tapaba con nieve como se podía. Esperarían los deshuelos de mayo para recibir sepultura. Una miseria desencadenada nos devoraba vivos. En nuestros uniformes mugrientos, aquellos piojos grises, de huevecillos brillantes como perlas, se habían encajado unos en otros como granos de maíz. Una mañana, ya exasperado, me desnudé a pesar del frío, sobre mi cuerpo mate ¡y había centenares de ellos!

Por otra parte, los uniformes no eran ya más que harapos. Nuestra ropa interior se había vuelto negruzca, se iba deshilachando de semana en semana. Concluía en vendajes de urgencia para los heridos. Había soldados que se volvían locos, y corrían gritando hacia adelante, en las nieves sin fin. A cada cuerpo a cuerpo de batallón, cuatro, cinco, seis hombres se escapaban así. La estepa los engullía en el acto. Nunca, creo, que en ninguna parte del mundo, tantos hombres sufrieron tanto.

Pese a todo, lo resistieron. Una retirada general a través de aquellos interminables desiertos blancos y devorantes hubiera sido un suicidio.

El rechazo de Hitler, enviando al diablo a sus generales aterrados que reclamaban un

repliegue de 100, de 200 kilómetros, salvó al ejército, jamás se repetirá bastante. Con fríos de 40 y de 50 grados bajo cero, bajo toneladas de nieve que lo envolvía todo, ¿a qué hubiera podido conducir una retirada? La mayoría de los hombres hubiesen perecido en el camino, como pereció el ejército en retirada de Napoleón, y eso que él no había realizado su marcha en pleno invierno, sino en octubre y en noviembre, es decir, en otoño. Y Napoleón se retiró con un solo eje de marcha y no a lo largo de 3.000 kilómetros de frente, a través de estepas inundadas en un gigantesco misterio glacial. Sin embargo, de centenares de millares de hombres que Napoleón llevó consigo en su retirada, solamente sobrevivieron algunos millares.

Entonces, ¿qué hubiese sido de las tropas alemanas engullidas en las inmensidades de nieve en enero y febrero de 1942, en los momentos de las más terribles heladas?

Para una simple operación de enlace un día de enero de 1942, hubimos de emplear diecisiete horas para franquear 4 kilómetros, tallando en la nieve con palos y hachas un profundo pasillo. El único limpia-nieves facilitado a nuestro sector, se encontraba bloqueado por murallas de hielo. Jamás fue capaz de romperlas pese a los forzosos esfuerzos realizados. E incluso, al precio de terribles sufrimientos, puede que hubiésemos podido realizar, en dos o tres semanas, un repliegue de 100 o 200 kilómetros; pero ¿qué ventaja nos hubiera representado? ¿pisar sobre cinco centímetros menos de nieve, un grado menos de frío? Gran parte del ejército hubiera perecido retirándose, el resto se habría encontrado en una situación todavía peor, privado de sus últimas fuerzas físicas y morales por semejante esfuerzo, y habiendo además perdido su material defensivo, abandonado sobre el terreno o durante la marcha de retirada.

En contra de sus generales, Hitler tenía razón. Era preciso enterrarse fuera como fuese, protegerse fuera como fuese, sostenerse fuera como fuese. Encajarlo todo, soportándolo todo, sufrirlo todo, ¡pero sobrevivir!, incluso, cargar sobre el enemigo si, en último extremo, se debía absolutamente encontrar un poco de comida o un mísero albergue.

Porque ellos, los rusos, gentes de las nieves, no solamente eran, físicamente, más rudos que nosotros y estaban acostumbrados a los fríos espantosos de aquellos climas, sino que además sabían, desde hacía siglos, cómo resistirlos. Poseían el arte de fabricar albergues contra el frío, mucho más eficaces que nuestros pobres refugios elementalmente improvisados. Algunos de sus campos de nieve eran verdaderas aldeas semi-subterráneas para tribus mongolas. Sus nerviosos caballitos se acostaban entre aquellos *mujiks* militarizados, membrudos, rechonchos, con los ojos rasgados a fuerza de fijarlos en paisajes de nieve, los pómulos amarillos de la grasa basta, con la que se embadurnaban y que les caldeaba. Sus pies metidos en botas de fieltro, estaban envueltos en gruesas bandas de muletón. Sus uniformes, dobles o triples, enmorcillados de ataduras, les hacían parecer buñuelos hinchados. El cierzo no podía atravesarlos. Ellos vivían así desde siempre. Y aquel invierno particularmente atroz no les sorprendía exageradamente. Defendidos de tal forma contra la hostilidad de la naturaleza, pudieron incluso desarrollar operaciones ofensivas violentas, tanto al sur como al norte del frente.

Nos era indispensable, por lo tanto, contraatacar, recuperar las estepas perdidas. Reconquistamos pueblos destruidos. Tallábamos, ante los muros ennegrecidos de las *izbás*, parapetos hechos con bloques de hielo. Kilómetros de nieve nos separaban de nuestros nudos de resistencia, el enemigo se infiltraba por todas partes. Los cuerpos eran terroríficos. Solamente durante la jornada del 28 de febrero de 1942, en una

aldea destruida llamada Gromwaja-Balka (Valle del Trueno), donde nuestro batallón resistía desde hacía ocho días el asalto de 4.000 rusos, perdimos en un empeño espantoso que duró desde las seis de la mañana hasta la noche, la mitad de nuestros camaradas.

Nos defendimos desesperadamente entre los cadáveres de los caballos sobre los que las balas resonaban como sobre cristal. Los rusos avanzaban en filas cerradas, envueltos en sus largos abrigos amoratados. Sin interrupción, surgían nuevas olas que nosotros segábamos sobre los pantanos helados. Así fue el invierno ruso. Durante siete meses no hubo más que blancura deslumbrante. El frío roía los cuerpos. Los combates acababan con las últimas fuerzas.

Después, una mañana, apareció el sol, completamente rojo, por encima de las colinas blancas. Las nieves bajaron poco a poco a lo largo de los altos postes coronados de puñados de paja que habían señalado las pistas hasta el día en que aquellas ensombrecidas copas fueron sumergidas. Aguas negruzcas se derramaron impetuosamente desde todas las colinas, mezclándose en los valles. Un molino comenzó a girar en el cielo azul.

El calvario de centenares de millares de soldados alemanes y no alemanes iniciaba su final. La tragedia de invierno había terminado.

Pero era la conquista de Rusia lo que era preciso reemprender.

Pues la táctica de guerra de Hitler se basaba, no solamente sobre una estrategia nueva - blindados y aviación de ruptura actuando en común y en masa - sino también sobre el efecto de la sorpresa.

En 1942 ya no sería posible contar con este efecto de sorpresa. Stalin conocía ya el método. La superioridad de iniciativa, por tanto, estaba perdida. La intervención estratégica de Hitler había sido genial: la *Blitzkrieg*, es decir, la *guerra-relámpago*, la irrupción fulminante en la retaguardia del enemigo, la ruptura masiva de sus líneas en puntos precisos donde se lanzaba, con violenta sorpresa, lo esencial de las fuerzas. El ariete estaba constituido por la masa enorme de carros de combate, delante de los cuales la artillería voladora de los Stukas, sembrando el terror, lo pulverizaba todo y abría las vías de penetración.

En Polonia, en Holanda, en el norte de Francia, en Yugoslavia, esta nueva fórmula de guerra, le había dado resultado porque, en cada uno de esos países, era la primera vez que se empleaba, permitiendo a las pinzas gigantes, de hierro y de fuego, cerrarse a la espalda del adversario acorralado, desmoralizado, aniquilado en un abrir y cerrar de ojos. En algunos días, 100.000, 200.000 hombres eran hechos prisioneros.

Fue esa misma fórmula la que Hitler había reinventado en 1941, haciendo irrupción a través de Rusia, consiguiendo las mismas penetraciones, los mismos copos, pero a una escala fabulosa, especialmente en Ucrania y en el Donetz. En cuatro meses varios millones de prisioneros, millares de cañones y de carros habían sido capturados.

¡Pero el Ural estaba más lejos que los Pirineos!

Hubiera sido preciso precipitarse antes. O bien, poder, gracias a una fuerza muy superior de blindados, montar dos o tres veces más volumen de operaciones de cerco, en vez de tener que operar con las mismas fuerzas, limitadas, de norte a sur y de sur a norte.

El hielo había precedido a Hitler, le había enterrado con sus 40, sus 50 grados bajo cero, más fuerte que el acero de sus divisiones blindadas y que la voluntad de sus audaces jefes de cuerpos.

En 1942, hubiera sido preciso, por tanto, hacerlo otra vez así, pero sin contar con la

posibilidad de sorprender aún al enemigo previamente advertido. A mayor abundamiento, Stalin, que él también era un genio a su manera, un genio elemental que sumergía a diario su voluntad en la sangre del prójimo para revivificarla, había tenido tiempo no solamente de desvelar los secretos de la estrategia hitleriana que había estado a punto de destrozarle, sino de encontrar una fórmula para detenerla. Era sencilla: ganar tiempo; ganar los meses, los años durante los que pudiera formar nuevos ejércitos, sacar sin piedad alguna, del gigantesco pozo que representaba la reserva de 200 millones de habitantes de la Unión Soviética y forjar decenas de divisiones de carros que, un día, superarían de forma aplastante a 20.000 carros contra algunos millares, las fuerzas blindadas que habían asegurado los fulminantes triunfos de Hitler desde el otoño de 1939 al de 1941.

Hitler, en el verano de 1942, aún recolectaría victorias muy espectaculares entre el Don, el Volga y el Cáucaso. Pero las tentativas de grandes cercos no cuajarían ya. Como el toro, al que no se puede sorprender dos veces, el ruso había descubierto los lazos y cada vez los esquivaba a tiempo.

El último error soviético fue cometido en mayo de 1942 y acabó de poner en guardia a Stalin.

Sus tropas estaban pagando el lujo de tomar, prematuramente, la iniciativa. ¿Tal vez buscaban por encima de todo desorganizar la masa ofensiva alemana, en trance de hacer sus preparativos para iniciar, al sur, su ofensiva? En todo caso, en los primeros días de mayo de 1942, estuvimos a punto de quedar sumergidos, en el Donetz, por la avalancha enorme de tropas soviéticas procedentes de la región de Kharkov y lanzadas hacia el Dnieper y Dniepropetrovsk.

Hundieron el frente alemán, se lanzaron adelante. Pero se limitaban a correr. Correr no basta para destruir. Los rusos no habían aún aprendido exactamente el mecanismo de las tenazas de cerco. Nosotros les dejamos perderse en el vacío. Las divisiones alemanas y los voluntarios extranjeros, belgas, húngaros, rumanos, croatas, italianos, no perdieron la cabeza. Todos quedarían exactamente pegados a los flancos de la abertura enemiga. Y volvieron a cerrarse en sus retaguardias cuando los soviéticos, por profundizar demasiado llegaron demasiado lejos, y de forma primitiva. De nuevo, como en 1941, varios centenares de millares de rusos fueron hechos prisioneros. Ninguna de sus unidades pudo escapar. Estábamos concentrados sobre los dos costados y a la espalda de la masa tomada en nuestras redes.

Fue para los rusos un gran desastre, que completó Hitler aprovechando esta terrible sangría de los *soviets* para dejarse caer sobre Orel, abriendo así a sus tropas el camino de las llanuras del Don, de Stalingrado y del Cáucaso. Stalin, definitivamente, se había dado cuenta de que estaba todavía lejos de igualar tácticamente a su vencedor. No se arriesgaría a atacar a fondo antes de que sus fuerzas no llegasen a ser muy superiores a las del *Reich*.

Entonces, solamente, podrían compensar, por la fuerza del número, la superioridad táctica de los ejército blindados de Hitler, todavía aplastante en la primavera de 1942, pero que se reduciría a medida que los jóvenes jefes del ejército rojo, desembarazados de la ignorancia rutinaria de sus mayores, asimilarían, a fuerza de tiempo, de tesón y también de reveses analizados inteligentemente, la estrategia que había hecho de Hitler un vencedor y que acabaría por convertirle en un vencido.

Pudo creerse, en el verano de 1942, que Hitler, lanzándose hacia la extremidad sur de la Rusia soviética, iba esta vez a acabar definitivamente con el coloso ruso. Las rupturas de julio y agosto de 1942 habían sido absolutamente impresionantes.

Nosotros mismos, que participábamos en ellas estábamos embriagados de entusiasmo. Cabalgábamos a través de las llanuras magníficas del Don, donde millones de plantas de maíz y de girasoles, de tres metros de altura se extendían hasta la línea de un horizonte dorado. Franqueábamos nadando, con la metralleta al cuello, los ríos verdes de 1 kilómetro de ancho, al pie de colinas coronadas por antiguas tumbas tártaras y festoneadas de pámpanos de uvas a punto de sazón.

Progresábamos de 30 a 40 kilómetros cada día.

En algunas semanas, el ala izquierda de la ofensiva había llegado a las proximidades de Stalingrado.

En el ala derecha, nosotros habíamos franqueado el Don, alcanzando los grandes lagos del Manich, estrellados durante la noche por millones de margaritas irreales dibujadas por la luna sobre las ondas. Unos camellos delineaban sus peladas jorobas patinadas como cuero viejo. Un remolino de polvo, de decenas de kilómetros de largo señalaba las columnas de carros que seguían millares de jóvenes infantes, desabrochados los cuellos, cantando a voz en grito en el verano ardiente. A principios de agosto, más allá de las aguas saltarinas del río Kouban, aparecieron ante nuestras miradas deslumbradas los picos gigantes del Cáucaso, de cimas blancas, brillantes como el cristal.

En los calveros de los primeros bosques, ante cabañas de madera montadas sobre pilotes - para protegerse de los lobos en invierno - las mujeres armenias ordeñaban búfalas gigantescas de cuello colgante como boa gris.

¡Habíamos avanzado durante más de 1.000 kilómetros! ¡Habíamos llegado a las fronteras de Asia!

¿Quién nos detendría ahora?

Y sin embargo, en realidad no habíamos llegado a ninguna parte, pues, si nosotros teníamos conquistado el suelo, no habíamos acabado con el adversario. Había huido antes de quedar prisionero en nuestros cercos. Se había desvanecido por todas partes.

Casi creíamos que no existía.

No se clavaría al suelo en tanto no hubiésemos llegado casi al fin de nuestra carrera, terriblemente lejos de nuestras bases, numéricamente reducidos: heridos, lisiados, enfermos, atacados de disentería, eran muy numerosos los que habían ido quedando inutilizados a lo largo del camino.

Iba a terminar el verano. Y fue solamente en ese momento cuando los rusos dieron la cara, en el momento en que las primeras lluvias de otoño caían en masas enormes.

¿Iba a pararlo todo por segunda vez el invierno ruso?

¿Iba a hacernos fracasar?

Lúcido, habiendo por fin comprendido que una sangría semejante a la de 1941 culminaría su perdición, Stalin había vigilado con un cuidado extremo que sus tropas no se dejaran cercar en ninguna parte. Prefería perder 1.000 kilómetros mejor que 5 millones de hombres como el año precedente. El espacio, en la guerra, es un acordeón. Va y viene.

Nosotros no habíamos conseguido conquistar más que el aire dorado del verano y un suelo desnudo.

Los rieles de las líneas ferroviarias habían sido cortados cada diez metros. Las fábricas se habían vaciado de su material, hasta el último banco y hasta el último perno. Las minas de carbón ardían por todas partes en fabulosas masas anaranjadas que volvían locos a nuestros caballos. En los pueblos no quedaban más que viejos campesinos encorvados, campesinas piadosas y bonachonas, bellos niños rubios jugando cerca de los pozos de madera. En las plazas públicas sólo nos esperaban las

estatuas horribles, siempre las mismas, en cemento vulgar, de un Lenin con vestimenta de pequeño burgués y ojos de asiático o de tetuda deportista de muslos poderosos como vigas de hormigón.

La única resistencia seria, la encontramos ya demasiado tarde, completamente al final, justo en el que hubiera sido preciso terminar la conquista envolviendo los pozos de petróleo ante la frontera de Persia - objetivo real de nuestra ofensiva hacia el sur - en tanto que el General Paulus hubiera debido rechazar a los rusos al otro lado del Volga, convertido en frontera de Europa.

Pero, también allí, los *soviets*, repentinamente se habían clavado a la tierra.

He conocido; como tantos otros, el esfuerzo desesperado de estas últimas semanas, estas semanas en las que sentimos por vez primera que, tal vez, la victoria en Rusia, se nos escapaba, es decir Rusia se nos escapaba. Habíamos llegado a 100 kilómetros del Asia turca, a unos montes altos y salvajes, a bosques de encinas inexplorados, donde no se avanzaba más que a golpe de machete, acribillados de obstáculos, inundados por las lluvias de otoño. Los carros de combate ya no pasaban. Las bestias de carga ya no pasaban, o reventaban de hambre. Flageladas por las ráfagas.

Nos deslizábamos con enorme esfuerzo en aquellos bosques esponjosos, de eterna vegetación embarazados por las lianas y los matorrales espesos y picantes de millares de endrinos salvajes. Allí, los rusos eran reyes, habiendo preparado sus abastecimientos a tiempo, emboscados entre los zarzales espesísimos o instalados a caballo en las ramas de los árboles del enorme bosque. Nos tendían mil trampas, nos acribillaban invisibles, omnipresentes.

Las lluvias mezcladas con las primeras nieves, se abatieron en huracán. Destrozaron, a nuestra retaguardia, los puentes de madera que habíamos tendido sobre los torrentes durante nuestro avance. Era por ellos, y solo por ellos, por donde hubiesen podido aún llegarnos un reavituallamiento de fortuna y algunas municiones. Reducidos a nosotros mismos, vivíamos de la carne cruda de los caballos muertos hacía una o dos semanas y que las aguas turbulentas depositaban en las curvas de los torrentes. Con nuestros cuchillos los reducíamos, a fuerza de picarlos, a una especie de pasta negruzca. La hepatitis transformaba a los soldados en espectros: en nuestro sector, frente a Adler y Tuapse, y solamente en él, 12.000 ictéricos fueron evacuados en algunas semanas.

Nuestra legión, como otras muchas unidades, no era más que la sombra de sí misma, reducida a la séptima parte de sus efectivos. Descarnados, estábamos encaramados a más de mil metros de altura sobre picos barridos por las tempestades, bajo los árboles retorcidos por los tornados otoñales. Los rusos reptaban durante la noche de tronco en tronco hasta llegar a nuestras guaridas inundadas de agua, que jalonaban nuestra línea de crestas. Les dejábamos aproximarse hasta dos o tres metros, y en la sombra librábamos combates atroces.

Los tiros de contención, durante el día, eran tales que los cadáveres de la noche anterior habían de quedar colgados en las raíces hasta que la cabeza se separaba al cabo de dos o tres semanas; bajo nuestros ojos sólo quedaban vértebras saliendo de la guerrera, superpuestas como collares de mulatas.

Pocos de entre nosotros habían de librarse de quedar heridos. Yo tuve el estómago abierto y el hígado perforado. ¿Qué hubiese podido hacer más que quedarme entre mis hombres, al borde de la depresión? No éramos más que despojos humanos, hambrientos e hirsutos. ¿Cómo, en ese estado, pasaríamos un segundo invierno cuando las nieves hubiesen cubierto otra vez la cadena entera de los montes y todo el país que teníamos detrás?

Fue entonces, el 19 de noviembre de 1942, a las cinco de la mañana, al otro extremo del frente sur, al noroeste de Stalingrado, a la cabeza de puente de Kremenskaja sobre el Don, cuando millares de cañones soviéticos rugieron, cuando millares de carros se precipitaron a través de las posiciones del III y IV ejército rumano.

Una semana más tarde, 230.000 soldados alemanes habrían sido rechazados hacia Stalingrado en un cerco que no era, en realidad, más grave que otros veinte en los que los rusos se habían hecho prender con anterioridad, que incluso pudo haber sido roto, pero que la impericia y la apatía del funcionario puntilloso que era el General Paulus convertiría, en algunas semanas, en desastre.

La Segunda Guerra Mundial llegaba a su gran ruptura.

La Alemania invencible de Hitler había sido vencida por vez primera. Acababa de bascular sobre la pendiente de la derrota.

La caída se prolongaría a lo largo de mil días antes de que el último cadáver, el de Hitler, ardiese en Berlín bajo doscientos litros de gasolina, en el ennegrecido jardín de la cancillería.

“Los rusos avanzaban en filas cerradas, envueltos en sus largos abrigos amoratados. Sin interrupción, surgían nuevas olas que nosotros segábamos sobre los pantanos helados. Así fue el invierno ruso. Durante siete meses no hubo más que blancura deslumbrante. El frío roía los cuerpos. Los combates acababan con las últimas fuerzas.”

(Léon Degrelle)